

REFLECSIONES.

Estraña revolucion es por cierto la que de algunos años á esta parte se ha efectuado en el carácter de los franceses, considerado en su aplicacion á todas las bellas artes en general. Como esta mudanza es hija evidentemente de causas políticas, inútil será decir que no es incumbencia del *Artista* profundizarlas detenidamente, para ir sacando de ellas los resultados que de su exámen se derivan. Bástanos referir el hecho, dejando á otros el cuidado de poner en claro las verdaderas causas que le han producido.

Circunscribiéndonos por ahora á la pintura y á la literatura, cualquiera que haya observado con alguna detencion la historia de estos dos ramos importantes de la inteligencia humana, entre nuestros vecinos de allende los Pirineos, habrá visto, no sin admiracion, las tres vueltas completas, digámoslo así, que ha dado el gusto francés en el corto espacio de poco mas de cuarenta años, contando desde principios de la revolucion hasta el momento en que escribimos.

En aquella época de terror empezó la literatura francesa á recoger los amargos frutos del reinado fatal de Luis XV: el mas desnudo cinismo mezclado á una especie de parodia de austeridad espartana, conjunto verdaderamente singular, y á que, para colmo de estravagancia, iba unido ademas el sello especial de aquella época de sangrientos recuerdos, son el carácter distintivo de la literatura llamada de la Revolucion. Verdadero monstruo compuesto de desparejados miembros, fundido en un molde de hierro, parecido á la guillotina.

Succedió á la revolucion, propiamente dicha, el consulado, al consulado el imperio: aquel empezó en literatura, lo que acabó éste. A la desenfrenada licencia de 93 succedió el extremo contrario, y no podia menos de suceder asi; porque la literatura es en todas las épocas y en todos los paises, la espresion mas esacta del estado social.

TOMO II.

Sobre la Francia pesaba, y por consiguiente sobre su literatura, durante el imperio, el yugo del primer guerrero del siglo, y los guerreros son gente á quien por lo general se le alcanza muy poco de achaque de libertad. La Francia estaba regida como un regimiento; la literatura, cuya suerte es siempre la misma que la de su pais, trató tambien de regimentarse, de sugetarse á sus correspondientes ordenanzas, con toda la severidad militar: sus ordenanzas fueron los preceptos de Aristóteles, obra agena, como todo cuanto en punto á literatura estaba al órden del dia, porque eso de inventar es muy culpable osadía. Aquella época inundó á la Francia de mamarrachos literarios, de tragedias ya completamente olvidadas ni mas ni menos que sus autores. Un solo hecho bastará para pintar aquella literatura: un poeta, Mr. Aubert, profesor de retórica, y autor de un poema sobre la espedicion del gran Buonaparte á Egipto, tuvo la mas peregrina idea que imaginarse puede. Unidad de accion, unidad de lugar, todo lo observó como La Harpe manda (la escena pasa alrededor de las murallas del Cairo); pero no es esto todo, ¿quien lo creyera? Todos aquellos generales franceses, aquel *pastorcito* Kleber, aquel lindo Junot, aquel adamado Verdier, todos tienen cada cual su Zoraida ó su Amenaída; y hay ademas en tan deliciosa epopeya en doce cantos, su bosque encantado, su bajada á los infiernos, su..... en fin, lo que continuamente estamos viendo en la naturaleza. Por este tenor eran casi todas las obras características de aquella época.

Cayó el imperio, vinieron los Borbones, y con ellos otro sistema de gobierno, otro carácter social y por consiguiente otra literatura. Obsérvese, pudieramos decir, como ponian al margen de las páginas en que contaban algo notable nuestros escritores antiguos; obsérvese que durante la revolucion, época de licencia y desórden, desórden y licencia hubo en la literatura justamente apellidada del *terror*: durante el imperio, época de despotismo militar, la literatura fue esclava; desde la llamada restauracion acá, época de gobierno representativo y por tanto de libertad, la literatura es verdaderamente libre, como

la sociedad. Por verdaderamente libre, entendemos libre sin licencia; esta libertad aplicada á la literatura es lo que la gente de juicio entiende por romanticismo.

La pintura, como todas las bellas artes es tambien la espresion de su época; pero como lo es aun mas inmediatamente la literatura y de un modo mas palpable, por eso en ella hemos insistido principalmente. Cada época distinta tuvo su literatura distinta, y si tres veces ha variado completamente en Francia el carácter de esta en menos de medio siglo, no es porque sean los franceses amigos de mudanzas, sino porque no ha podido ser de otro modo, habiendo variado tambien tres veces el carácter fundamental del gobierno y de la sociedad.

La revolucion de la pintura ha seguido los mismos trámites que la de su hermana la literatura. Aquella era puramente clásica en Francia hace veinte años; en el dia es absolutamente romántica. El célebre David era clásico puro: sus discípulos son clásicos por veneracion á su gran maestro, ó lo que es lo mismo en teoría, y románticos en la práctica; los discípulos de estos discípulos, es decir, todos los jóvenes pintores del dia, son románticos furibundos. Convengamos en que el *espíritu del siglo* lleva el romanticismo entre sus alas. ¡Como ha de ser! = E. DE O.



Fantasia Nocturna.

Es ya la noche; fatigado el ánimo
Del viage del vivir descanso toma,
Mientras retumba con fragor horrísono
La lluvia que del cielo se desploma,
Y ruge el aquilon.

Se abren apenas mis dormidos párpados,
Y al querer penetrar el velo denso
Que el orbe oculta y su silencio lúgubre,
Parece el globo en el vacío inmenso

Un ancho panteon,
Tumba convexa donde ya cadáveres
¡Ay! se hacinan los míseros humanos:
Vil pudridero, cuya masa fétida
Corroen implacables los gusanos
De una y otra pasion.

Mas luego puse los ojos

Desencajados de espanto

Sobre tí,

Y ya no vieron enojos,

Y se arrasaron del llanto

Que vertí.

Dulce llanto de tristura,

Lágrimas que el pecho anhela

Cuando en medio de la oscura

Larga noche le desvela

Congojoso frenesí.

Sobre mi pecho convulso

Tu bello rostro imprimia

Su calor,

Y así calmaba el impulso

Del corazon, que latia

Con horror.

¡Ay! tu semblante sereno,

Tus no alteradas facciones,

¡Cual me dicen que tu seno

No atormentan las pasiones

Maldecidas del Señor!

¡Si pudieran los amados

Ver á su bella un momento

Al dormir,
Y con mil besos callados
El aroma de su aliento
Recibir!
¡Si pudieran aplicar
Blanda mano al corazon
Y sentirlo palpar,
Y el vigor de su pasion
Por sus vaivenes medir!
¡Si pudieran un instante
Aquellos rasgos en calma
Contemplar;
Que es el dormido semblante
Mudo trasunto, y el alma
Su ejemplar!
Y la idea que medita
Está grabada en la frente,
Y la que el sueño nos quita
Y que luego bruscamente
Nos sacude al madrugar.
Por eso duerme el guerrero
Desnudo el brazo y erguida
La cerviz,
Y el cobarde y traicionero
Con la frente guarecida
Del tapiz;
Y por eso se recuesta
En su cama perfumada
Desceñida, descompuesta,
Y pálida y desgredada
La impudente meretriz.
Duerme el avaro encogido
Cual si abarcara su mano
Gran caudal:
Y durmiendo el desprendido
Las palmas tiende á su hermano
Liberal:
Y aquellos ojos que aterran
Inmóviles con torvo ceño
Jamás los déspotas cierran,
Cual si amagara su sueño
El regicida puñal.

Por eso cuando resuella
Entre mis brazos dormida,

Mi esposa tranquila y bella
En su frente no fruncida
La pura virtud descuella.
Tus ojos, mi caro bien,
No pierden, no, su candor
Porque cerrados estén:
Que so las nubes tambien
El sol guarda su fulgor.
Oscurece tu mejilla
La sombra de tus pestañas,
Asi como las montañas
De añeja nieve mancilla
El humo de las cabañas.
Si sonrie lisongero,
Por colmo de mi fortuna,
Tu rostro, lo considero
Muy mas puro que la luna
En clara noche de enero.
¡O cuanto engañado amante
Arrostra quizás ahora
Esa lluvia aterradora,
Por ver tan solo un instante
La falsa beldad que adora.
Y en premio al lecho, que deja,
Húmedo, agitado el seno,
Halla entre la dura reja
Al breve fulgor del trueno
Mentido amor, vana queja!
Y por tí ¡cuanto amador
En frio desierto lecho
Se revuelve con furor,
Y con inútil despecho
Envidia, infeliz, mi amor!
Y yo aquí, sin mas barrera
Que la del propio deseo,
Cierta mi esperanza veo,
Y la que fue mi primera
Ilusion dulce, poseo.
Que aun estaban de placer
Y grata risa entreabiertos
Tus labios de rosicler;
Aun ensayaban inciertos
El postrer beso de ayer.
Beso mágico, hechicero,
Que de amor puro me inflama,
Fuego, cuya santa llama

*

Vale muy mas que el dinero
Y que el poder y la fama.

¿Qué me importa al espirar
Que dé mi nombre á los vientos
Trompa de oro?
Si mas precio el escuchar
De tus labios soñolientos
Yo te adoro.

Bajo mi yugo tener
Mil naciones prosternadas
Y mil reyes
¿Que me importa? obedecer
Quiero mas á tus miradas
Como leyes.

El remoto Chimborazo
¿Que me importa, ni el tesoro
Del Perú?
Si yo alcanzo con mi brazo
Todo, todo cuanto adoro,
Que eres tú.

MARIANO ROCA DE TOGORES.

Costumbres Españolas.

Artículo 4.º

DIA DE TODOS LOS SANTOS.

Este dia, consagrado por nuestra santa religion á llanto y luto, en que no hay una persona en el mundo que no recuerde la triste pérdida de un hermano, de un padre, de un esposo; en que

todo él debe dedicarse al rezo y á las plegarias; dia de grandes penas, de dolorosos recuerdos, es tambien en nuestro suelo dia de algazaras y de regocijo.

Solo la edad caduca le dedica al culto que le es debido; los ancianos se postran al pie de los sepulcros, sus cansadas y trémulas voces se elevan al Eterno, y lloran y piden con fervor religioso la felicidad divina para los perdidos hijos y para las lloradas esposas. La juventud, siempre loca, rie en medio de las losas, y se olvida de su creacion y de la nada de su principio y de su fin.

En la corte, la mansion de los muertos en este dia es el punto de reunion general de todos los habitantes; todas las diversas clases del estado acuden al cementerio, aun que con diversas intenciones; el extranjero y el patan por ver lo que nunca han visto, el jóven petimetre por lucir su hermoso trage negro hecho por el famoso Mr. Rouget; el pretendiente por hacerse ver del magnate que le protege, el soldado para segundo egemplo de destruccion. el grande para ostentar sus cuarteles y su lujo, el pobre á su lado pidiendo una limosna y.... hasta el insensato amante se atreve á llevar su pasion al asilo de la muerte. Todas estas personas se reunen por costumbre en aquel sitio; ni las pintadas losas, ni los negros mármoles, ni las doradas inscripciones, ni las amarillas y encendidas ceras, ni ninguno de los sepulcrales monumentos que allí se encuentran, son bastantes á recordarles lo que deben en aquel momento á su religion y á sus difuntos antecesores; las únicas ideas que les ocupan son las del mundo; sus pasiones, sus vicios, sus pretensiones, son lo único que trasluce la vista en sus rostros, y ninguna huella profunda de dolor, ni de penas. Si se quieren hallar estas señales, en los oscuros é ignorados callejones de aquel santo asilo suelen encontrarse; aqui, se halla un jóven arrodillado al pie de un sepulcro..... una lágrima de dolor baña su mejilla y todo él presenta el aspecto de la mas amarga tristeza. Ese es el único que paga el debido tributo á la naturaleza, á su religion y al dia de los Santos; los demas reunidos en aquel sitio como en todos los otros, por costumbre ó por miras particulares, se atropellan los unos á

los otros, se pisan, se empolvan, se sofocan, sudan, se fastidian y..... ¡desgraciados! Profanan lo que no son dignos de comprender.

En la parte exterior del cementerio, todo es griteria y bullanga; aquí un puesto ambulante de vino, abadejo frito y sardinas asadas, en el cual están reunidos soldados, manolas y mozuelos; ¡santo y edificante altar de la templanza! por este lado una castañera que pone el grito en el cielo; mas allá un buñuelero; aquí pan, allí agua, y todo esto se vende chillando, de suerte que los cuadros interior y exterior del cementerio, no presentan ninguna escena (y si la hay es rara) de piedad religiosa.

Esto es en la corte, mas en los pueblecitos de Andalucía en que no es *de moda* ir al cementerio, hay una costumbre que suele ocasionar desórdenes, muertes ó heridas peligrosas. En este día se reunen desde el anochecer las familias y los amigos en una casa á comer un plato que llaman *gachas*, manjar compuesto, segun tengo entendido, de harina, leche y azúcar. Antes de este plato cenan de otras cosas, y cuando se ponen las *gachas* en la mesa, es la señal de alboroto, retozo y jarana: los convidados no las comen, mas sus vestidos, sus caras y todas sus personas salen pringados hasta no poder mas. Esta diversion en las casas honradas no pasa de los umbrales; pero en las demas no sucede así; apenas han acabado su cena, cuando salen á las calles en cuadrillas, cargados con pucheros llenos de *gachas*, y van untando á todos los que encuentran, sean hombres, sean mugeres, originándose de aquí mil pendencias y mil desazones; despues de pasar en esta bulliciosa diversion la mayor parte de la noche, á cosa del amanecer, se entretienen en llamar á las casas, y apenas les abren la puerta, bañan el rostro del que la abrió con las susodichas *gachas*, dan una risotada, y echan á correr. Despues de esto tapan las cerraduras con la misma masa, y hacen otras mil demasías, de modo que esta noche que debia estar consagrada al rezo, como ya he dicho, se emplea por el contrario en un desórden general, en dar que hacer á la justicia, y en atropellarse y herirse por la frívola diversion de pegarle á un hombre desconocido un plaston de masa dulce en

la cara. Por último ¿quien lo creyera? este día de dolorosos recuerdos, es día de tumulto y de disipacion, y de ningun respeto á la calidad y dignidad de las personas. Así son todas las diversiones populares en España; nada se respeta, *todo se mancha, todo se atropella.*

Noviembre = 1835.

J. AUGUSTO DE OCHOA.



El Ecspósito.

En el inmenso arenal
De la vida,
Es cual planta ponzoñosa
El miserable mortal,
A quien suerte aborrecida
Apenas la luz mirara,
Inclemente,
De infamia el sello fatal
Con dura mano grabara
En su frente.

El nace, y dueña rugosa,
La frente sombría,
Envuelta cuidosa
En negro capuz,
Huyendo del día
La cándida luz,
Lanzando miradas,
De susto y espanto

Al agudo llanto
Del niño infeliz;
Le arroja inclemente
Do débil le acoge
Piedad sacrosanta,
Y agita su planta
Cual si le siguiera
Su sombra infelice,
Y al alma de hielo
Airada dijera:
«Irritado el cielo
»Tu infamia maldice.»

Y allí estraña mano
Al oro vendida,
Las fuentes de vida
Que cierra al hermano
Divide con él.
No acorde su llanto
Al dulce mecido
De tu leve cuna
Calmará tu llanto:
Su voz importuna,
Acento de espanto
Lanzará en tu lecho
Cuando el flaco pecho
Te muestre á su vez.
Que el seno materno
Que al pérfido halago
Del crimen se abrió,
Te niega inhumano
El germen de vida
Que próspera mano
En él derramó.

No alzando amoroso
Los lánguidos brazos,
De madre querida,
En dulces abrazos,
El lúbrico cuello
Tierno ceñirás:
Ni entre su cabello
Tu mano enredada,
Al ¡ay! doloroso
Que ecsale asustada,
Tu llanto abundoso
Su sien bañará.
A tu dulce sueño
Será tierno arrullo
El ronco murmullo

Con que el vaiento suena
Entre la abertura
De gótica almena:
O el triste gemido
Que ecsala llorosa
En tu misma cuna,
Tu igual en fortuna,
Tu hermana tal vez.

Si en célica llama
Al verte se inflama
Doncella gentil;
Verás combatiendo
Cual crimen horrendo
Su cándido amor.
Y cuando tu lira,
Al tibio fulgor
De luna que espira,
Resuene amorosa
Bajo su ventana,
Oirás inhumana
La voz temblorosa
De dueña fatal,
Que insulta tu origen
Y bajo cerrojos
Oculta á tus ojos
Tu luz celestial.

¡Infeliz! tu frente
No orlará de gloria
El lauro esplendente,
Tu nombre la historia
Siempre ignorará.
Que á ese nombre oscuro
No basta del muro
La brecha escalar,
Ni al fin de los mares
De tus pátrios lares
La enseña ondear.
Tu cadáver frío
Ni un deudo siquiera
Al sepulcro umbrío
Acompañará:
Copioso rocío
De fresca mañana
Será el tierno lloro
De cándida hermana:
El soplo sonoro
De plácida brisa
Su tierno suspiro;

Y el rayo apacible
De mágica luna,
En rápido giro
Tu luz sepulcral.

Jerez. — F. GRANDALLANA.



HISTORIA DEL ARTE.

LEONARDO DE VINCI,

Pintor florentino.

ARTICULO TERCERO.

En estas circunstancias las favorables, y magníficas propuestas que le hizo el rey de Francia no podían menos de ser favorablemente acogidas. Aceptolas gustoso; mas antes de partir quiso legar á su patria una obra digna de la reputación adquirida en Milan, una obra que atestiguase á la posteridad que además de ser el primero entre los maestros de la escuela moderna y haber abierto un camino al cual ninguno antes que él había osado llevar la planta, consiguió la gloria de sublimarse á una altura en la que nadie le superaría aun suponiendo que alguno llegara á alcanzarle. Con este fin terminó el gran cartón de la sala del consejo, admirado y estudiado posteriormente por todos los artistas de mérito; y ve-

rificó su salida de Italia después de manifestar que su marcha era solamente un sacrificio tributado á la necesidad del reposo y de la tranquilidad.

Su dirección á Francia era para ejecutar en los Sitios Reales todas las obras *de que tuviera á bien encargarse* así en pintura como en escultura, pero sus ideas cambiaron, y mientras permaneció allí solo se ocupó en la alquimia y en las ciencias matemáticas de las cuales escribió un tratado en los últimos años de su vida.

Leonardo no pintó en Francia; de consiguiente, todas las que dejó en esta nación fueron llevadas por él de Italia; algunas de ellas son debidas á sus discípulos, pero sin que la mano del maestro se entretuviera mucho en ellas. Con este hecho citamos á los que pretenden que Vinci pintó en Fontainebleau el retrato de la Ferronière que le atribuye el catálogo del museo del Louvre; y además de que la comparación de las épocas manifiesta claramente que el pintor y el modelo no han podido encontrarse en el citado sitio, no es menos evidente, por el estilo, que Vinci no es el autor de la obra que se le atribuye: el hombre sublime que pintó la *Gioconda* no podía hacer un retrato como aquel otro; además, ni pertenece por asomo á la escuela de Vinci: la verdad, que la Ferronière está ejecutada con conocimiento, pero por principios totalmente diversos de los de Leonardo, y, para todo artista que pretenda internarse en las ideas que han dirigido la ejecución de las obras de cada maestro, jamás por bello que sea el retrato de la Ferronière, pertenece á este grande genio. Sin embargo, los señores *Estimateurs-Jurés* del museo del Louvre no miran las cosas con tanta escrupulosidad; por otra parte tienen la dicha de creerse en pintura mas entendidos que los mismos pintores, y así con la mayor frescura y desenfado deciden á todo trance de las obras atribuyendo las mas despreciables á los mas esclarecidos profesores.

No le absorbían á Leonardo sus nuevos estudios hasta el extremo de abstraerle de la sociedad en cuyo centro vivía. Lejos de hacer clausura de su habitación, aun en su misma ancianidad, fue un hombre de mundo, de un exterior elegante al par que severo, y de una conversación seductora,

tanto para las personas graves y concienzudas como para los jóvenes de ambos sexos.

La figura y la experiencia del gran mundo que habia adquirido en las cortes de Italia, entonces las mas célebres en punto á galantería, le daban una superioridad y un notable ascendiente sobre todos los caballeros medio rústicos de la corte de Francia durante la juventud de Francisco I; en una palabra, este anciano era el tipo en Fontainebleau; apóstol de civilizacion, importaba de Italia el arte, la ciencia, y todos concurrían á su lado en busca de aquella finura de modales y galante dignidad que forman el carácter exterior de las costumbres italianas.

El rey principalmente se manifestaba con Leonardo en toda su pulidez; abandonábase á los encantos de su conservacion, y pasaba con él dias enteros entretenido en todo lo que ocupaba á nuestro pintor.

Pero su edad avanzaba, y llegó finalmente la enfermedad que por muchas veces le tuvo postrado en el lecho, sin dolores á la verdad, pero en un estado de debilidad suma; con todo eso no cesaba en sus ocupaciones, y, cuando ya no podia levantarse hacia arrimar á la cama una mesa alta en que alcanzaba todo cuanto habia menester para trabajar.

Cuando sintió acercarse su hora postrera quiso morir como verdadero pintor cristiano; meditó largamente en el Evangelio y en las promesas de la fé católica; hizo su confesion devotamente y preparóse para la comunión. Llevada que le fue la Eucaristía, pidió le sacasen del lecho; y no pudiendo sostenerse, apoyado en los brazos de sus amigos y discípulos, recibió arrodillado el Santo Sacramento, dando así una prueba de la cristiandad que en su larga vida jamás desmintió. El rey presenció este acto y ayudó por sí mismo á sostener á Leonardo de Vinci.

Vuelto á su lecho, despues de un instante de calma, demandó perdon á Dios y á los hombres de no haberse dedicado esclusivamente á la pintura; y á poco tiempo, de resultas de sus esfuerzos, cayó en una crisis violenta, durante la cual el rey para aliviarle mantuvo con ambas manos su cabeza, y así continuó hasta exhalar el último suspiro.

Murió en el palacio de Cloux, cerca de Amboise, de edad de 75 años, segun la opinion de Vasari; otros autores le suponen de menos edad; pero no es del caso entrar ahora en esta controversia. Por lo demas ignoramos que importancia pueda tener el quitarle ó ponerle tres ó cuatro años mas ó menos.

Al referir los sucesos de la vida de Leonardo de Vinci, hemos procurado dar una idea de la estension de su genio y de la variedad de sus conocimientos. Hasta ahora, sin embargo, no le hemos considerado mas que bajo el punto de vista individual, siendo así que por lo que mas se recomienda á la veneracion de todos los que anhelan constituirse en dignos herederos de las riquezas intelectuales adquiridas por nuestros antepasados, es por el movimiento progresivo que imprimió á los diferentes ramos de las artes y de las ciencias en que ocupó su vida. En efecto, acaso nadie ha puesto en circulacion mayor número de ideas nuevas que él, ni hay innovador que haya visto en vida mas generalmente admitidas sus ideas.

Pero para apreciar con exactitud la influencia que ejerció aquel grande hombre como artista y como sábio, preciso será examinar el estado en que se hallaban las artes y las ciencias antes del inmenso paso que les hizo dar.

Lo que nos queda de la antigüedad pagana demuestra que los géometras de aquel tiempo habian, á fuerza de trabajos, llegado á descubrir las propiedades de casi todas las curvas de segundo grado. Aunque en los otros ramos de las ciencias matemáticas no se hubiese adelantado tanto, habianse no obstante logrado reunir algunas series de observaciones que eran en verdad una inmensa conquista para la ciencia, si bien no se habia llegado aun á formar un cuerpo de doctrinas, clasificadas por el orden de su importancia. Pero la irrupcion de las tribus bárbaras y la invasion de la fuerza brutal, tan terrible para los hombres de arte y de ciencia, habian roto la cadena de progreso que une el pasado al presente y al porvenir. Sin embargo á fuerza de estudio y de aplicacion lograron los monges de la edad media reedificar toda la ciencia de que habian necesidad, para

construir y decorar los edificios consagrados al culto del cristianismo: y, por una combinacion de circunstancias que no es facil de comprender á primera vista, la Italia, centro del mundo cristiano, no posee los mas soberbios monumentos erigidos por los sacerdotes de esta religion. Por otra parte, las ciencias, al paso que se iban secularizando, se iban separando tambien de las tradiciones, á tal punto, que Brunelleschi tuvo que recorrer la Italia entera para estudiar los principios, en virtud de los cuales se habian construido las cúpulas de los monumentos antiguos, antes de dar su famoso proyecto para la de Sta. María de las Flores. El exámen de las ridículas opiniones que sostuvieron los mas famosos arquitectos de toda Europa, reunidos en una especie de congreso científico para discutir este proyecto y presentar los medios de ejecutarlo, claramente indica el grado de inexperiencia á que se habia llegado, cuando Brunelleschi desenterró las antiguas teorías, y dió con los principios en virtud de los cuales fueron construidos los monumentos de la Italia antigua.

Pero Leonardo era un hombre esencialmente progresivo, y era para él poca cosa haberse puesto al nivel de cuantos le habian precedido; además, el arte de edificar se habia complicado hasta lo sumo desde la invencion de la pólvora, pues las construcciones que habian podido resistir á los golpes de las antiguas máquinas, eran ya poco menos que impotentes contra las descargas de la artillería. Por otra parte, la industria italiana reclamaba imperiosamente el empleo de fuerzas mecánicas para suplir á la falta de brazos, y ya empezaba el comercio á conocer el partido que podia sacarse de la canalizacion, para la facilidad de las comunicaciones y la disminucion de los gastos de transporte. A cada una de estas exigencias, respondió Leonardo, satisfaciendo completamente las mas urgentes, y abriendo la senda por donde se podia llegar á la solucion de las otras. Solo las descripciones de las máquinas que inventó, constituiria el asunto de un tratado completo, importantísimo para la historia de la ciencia, pero poco interesante para todos los que no han hecho un estudio especial de la geometria descriptiva.

En cuanto á su mérito como ingeniero, nos bastará, para apreciarle en su justo valor, observar que unos hombres como Miguel-Angel, Peruzzi, San-Gallo, el Buonaventuri y otros grandes ingenios, siempre que han tenido que fortificar plazas militares, no han hallado medio mejor para hacerlo que aplicar, segun la exigencia de las localidades, los principios establecidos por el Vinci; y hasta que llegó Vauban, el arte de fortificacion y ataque quedó estacionario ó punto menos, desde el estado en que le dejó Leonardo.

En todos los estudios en que se ocupó sucesivamente, dió pruebas nuestro ilustre florentino de aquel conocimiento exacto de las cosas, y de aquel espíritu innovador que caracterizan todas sus obras. Nació en una de aquellas épocas de transicion en que los mejores ingenios vacilan en elegir la senda por donde deben dirigir sus pasos; pero él, verdadero artista predestinado, adoptó la suya con franqueza, sin vacilar; cristiano lleno de fé y juntamente hombre de progreso, comprendió que la práctica de los pasados tiempos no convenia ya á la generacion nueva, y que á causa de la inmovilidad de las figuras cuyos tipos y *manera* convencionales representaban casi geroglíficamente tal ó cual accion, tal ó cual personage, la pintura religiosa no era ya suficientemente inteligible para hombres cuya fé empezaba á decaer moribunda. Conoció que se necesitaba una representacion mas dramática y mas completa para conmover el alma y fijar la atencion.

En una época anterior, el Giotto se habia hallado en una situacion análoga; su maestro Cimabue habia restaurado el arte, abandonado por los monges enriquecidos á los miniaturistas de los conventos y á los aventureros griegos que recorrian la Italia. La sencillez, franqueza y elevacion de su estilo son casi las únicas calidades que merecen elogio en la pintura de Cimabue; y como si hubiera sido una gloria bastante sublime haber rehabilitado á los artistas en aquella altiva ciudad de Florencia, realizándolos con todo el brillo que derramaban sobre su arte sus virtudes y su dignidad personales, no le fue posible dar un paso mas, y dejó á sus sucesores el cuidado de abrirse por sí mismos la senda en que se propusieran caminar.

Pero en cambio Cimabue adivinó quien era el hombre que sabría acabar la obra comenzada por él: éste era el niño vaquero Toscano que se encontró un día en las montañas, esculpiendo con su cuchillo imágenes informes de los animales confiados á su vigilancia: este era el Giotto. Llevósele consigo á su casa, crióle con amor de padre, contento de haber hallado alguno cuya inteligencia correspondiese á la suya. Ayudábale con su experiencia, allanábale las dificultades tanto y tan bien, que el vaquero llegó á ser un grande artista. Tenia el Giotto la misma edad que el Dante; el pintor y el poeta fueron íntimos amigos; no tuvo otro mas querido en su vida el tétrico Gibelino. Juntos hicieron un viaje á Francia, estudiando todos los monumentos de aquel pais y sosteniendo tesis sobre todas las ciencias que se enseñaban en sus universidades. Aseguran algunos tambien que recorrieron juntos la Alemania y una parte de la Grecia, antes de volver á Italia.

Sea de esto lo que se fuere, es lo cierto que despues de una ausencia de algunos años, pasados la mayor parte en Francia, Giotto volvió á Florencia hecho el primer pintor y el mas grande arquitecto de su siglo.

Ahora se concibe la larga serie de meditaciones y de estudios que debió costarle el adquirir la ciencia positiva que derramó en las gigantescas obras que aplaudia su anciano maestro, aunque no era en realidad capaz de apreciarlas en su justo valor.

Sin salir de Florencia, fué el Vinci, para la escuela de Verocchio, lo que habia sido Ambrogio para la de Cimabue. Asi como Giotto habia impreso á las artes un nuevo impulso revelando el modo como se podia dar mas precision á las formas buscándolas por medio de las articulaciones, asi lo hizo Leonardo enseñando cuanta dignidad y elevacion podian dar á la pintura el movimiento de las figuras, unido á la pureza y elegancia de las formas.

Sus antecesores inmediatos habian apurado hasta sus últimas consecuencias los principios establecidos por el Giotto. Necesitábase, pues, entonces una nueva revelacion, ó iban las artes infaliblemente á caer en la nulidad de la rutina

académica. Leonardo fue el hombre elegido por la providencia para arrancarlas del borde del precipicio, y los principios cuya base estableció este artista fueron puestos en práctica por Miguel-Angel, Rafael, Andrea del Sarto, Salviati, Valterra, Julio Romano, el primer Caravaggio, y por todos los artistas, en una palabra, que de cerca ó de lejos tienen alguna relacion con la escuela florentina.

En medio de todo este movimiento impreso á las artes por el Vinci, pudiera admirar ver á algunos de sus discípulos quedarse reducidos toda su vida á pálidos imitadores del carácter y estilo de su pintura, sin adquirir jamas la inteligencia de los principios que habian precedido á su ejecucion. Esto supuesto, no faltaria quien, con nuestras ideas modernas, le acusara de mala fé en su enseñanza; pero debe observarse ante todas cosas, que la cuestion de la enseñanza no se entendia en aquellos tiempos del mismo modo que en los nuestros.

En la constitucion de los magisterios, observábase por principio general vigente siempre en las épocas de organizacion religiosa, que el arte y la ciencia no debian ser revelados sino á los que se hicieran dignos de esta santa iniciacion, y todo artista, antes de ser elevado á la dignidad de maestro, se comprometia por juramento á observarle constantemente. Intentábase ante todas cosas por este medio, impedir que cayesen las artes en manos de personas indignas, cuya presuntuosa mediania no hubiera tardado en desacreditarlas, al paso que la fe sincera y la conciencia profunda de los artistas de entonces, eran suficiente garantia contra los abusos que hubiera podido producir una institucion que ponía al discípulo tan completamente á la discrecion de maestro.

En tiempo de Leonardo, nada existia regularmente organizado; pero era principio generalmente admitido, que no se debia ayudar con lecciones y consejos mas que á los hombres dotados de una alta inteligencia y de un entusiasmo por su arte á toda prueba. El arte y la ciencia eran cosas sagradas que se tenian de reserva para los que fueron capaces de conquistarlas á viva fuerza; y es de creer que solo con el único objeto de

probar, con una dificultad mas, la decision y perseverancia de los que quisieran leerle, escribia Leonardo todos sus libros de derecha á izquierda, á la manera de los orientales. Pero la especie de misterio en que se envolvian los maestros de aquella época no era tan perjudicial á los progresos como seria de presumir; aplicaban sus principios en sus obras completamente y sin reserva; en ellas estaban escritos de un modo suficientemente facil de leer para todos los hombres que fueran capaces de comprenderlos. En efecto, Miguel Angel, Rafael, Andrea del Sarto, vemos que en la sola meditacion de las obras del Vinci hallaron las lecciones, que no supieron ver en su trato de todos los dias muchos de sus discípulos.

Y aun en el dia, á pesar de la supuesta vulgarizacion de las artes, no de otro modo hemos podido llegar á los principios que dirigian á los artistas de las grandes escuelas de Venecia y de Florencia; y comparando sus obras con la naturaleza, es como hemos llegado á saber lo que nadie entre nuestros abuelos era capaz de enseñarnos; porque la ignorancia de la rutineria académica, que se ha atribuido el privilegio exclusivo de la enseñanza oficial, es tan supina en este particular, que no se avergüenza de sentar por principio inconexo la imposibilidad de llegar jamas á la perfeccion de los antiguos maestros, y la necesidad de condenarse á la eterna imitacion de sus obras, como si no fuéramos hombres como ellos, como si no tuviéramos sobre ellos la inmensa ventaja de poder aprovecharnos de sus trabajos.

Pero volvamos á Leonardo. Ya hemos tenido ocasion de observar cuan importante fue la influencia civilizadora que ejerció en la corte de Florencia. Fue tal, que aquellos mismos ejércitos franceses que hemos visto hace algunos años recorriendo la Italia y destruyéndolo todo sin miramiento alguno, que habian hecho pedazos la obra maestra de Vinci, la estatua ecuestre de Francisco Sforzia, llegaron despues á respetar los monumentos de las artes, y llevaron á su pais las obras de los grandes artistas como la mas preciosa conquista de su victoria.

Si pasamos ahora al exámen del carácter personal de Leonardo de Vinci, le hallaremos digno

y severo en todas las circunstancias, severo como un florentino, y amable y fino como un cortesano; aficionado al lujo y al fausto, á los brillantes salones y á los perros y á los caballos; pero nunca estos gustos fastuosos alteraron en su alma el sentimiento de las bellezas de la naturaleza, y la vista de un campo rico y pintoresco pronto le hacia olvidar todo lo que no fuera él. Grande felicidad era la suya cuando se sentia vivir en medio de la vida de los campos, cuanto veia crecer una planta y entreabrirse sus flores, cuando oia el zumbido de los insectos y veia brillar al sol los mil colores que ha sembrado la mano de Dios en sus alas. Gustábale sobre todo oir el canto de las aves, y verlas brincar sobre la yerba y revolotear junto á él de rama en rama; y es lo mas extraño, que en todos los sitios que habitaba habíales acostumbrado á no asustarse de su presencia y á venir á comer en su misma mano; y en fin, amaba con tanta energía de corazon todo lo que vive y siente, que siempre evitaba el ir á las casas donde tenian pájaros enjaulados. Cuando habitaba en Florencia muchas veces le aconteció pasar por delante de las tiendas donde se vendian pájaros, comprarlos todos y soltarlos en el acto.

Ningun artista se vió favorecido en el desarrollo de su talento por circunstancias mas favorables; pero tambien ninguno acaso tuvo mas habilidad que él para prepararlas. Desde su primera juventud, supo interesar en la celebridad de sus adelantos el amor propio de su padre, y á fuerza de gloria logró salir de la falsa posicion de un hijo natural, y hacerse reconocer por legítimo. En Milan aprendió el arte de fundir, para que no pudieran atacarle sus enemigos por ningun lado; y mas adelante salió de Florencia, para huir de las intrigas que no hubieran podido menos de armarle peligrosas rivalidades.

En todas las circunstancias de su vida, siempre se le halla el mismo; hombre de progreso y de civilizacion, hombre de trabajo, amigo de la paz, ansioso de saber, apurando siempre hasta sus últimas consecuencias todas las discusiones promovidas delante de él, y hallando las soluciones de todos los problemas. Entre todos los hombres venerados por los servicios que han hecho á la hu-

manidad, acaso no hay ninguno que merezca anteponerse á Leonardo de Vinci como mas útil ó mas virtuoso.

G. L.



En esta semana han empezado á publicarse las obras de Victor-Hugo, anunciadas al público á mediados del pasado mes de noviembre. El primer cuaderno, único que ha salido á luz, contiene el principio de la interesante novela titulada *Bug-Jargal*, primera obra literaria de su célebre y fecundo autor de Lucrecia Borja y de Angelo, drama que ya conoce el público de esta capital.

Nada diremos de la traduccion, que es obra de uno de los Editores de este periódico.

Se suscribe á estas obras en la librería de Don Tomas Jordan, Puerta del Sol, y en las provincias en las librerías donde se reciben suscripciones á la *Abeja*.

Litografía.

Retrato de medio cuerpo del célebre maestro Vicente Bellini, litografiado y publicado por D. Cayetano Palmeroli, sacado del cuadro al olio que pintó en Milan el insigne artista *Arienti*: en papel gran fóllo, con un *fac simile* de su letra, sacado del espartito original de la ópera la Es-

trangerera, palabras: *l' último addio*. Se hallará á 12 reales en las librerías de Jordan y viuda de Cruz: en las estamperías, calles de Carretas y de la Abada, y en la tienda de Schropp, calle de la Montera. En las principales librerías de las Provincias se admitirán los pedidos, siendo el porte de su cuenta.

Creemos deber llamar la atencion de nuestros lectores hácia la buena ejecucion de esta estampa, y el parecido del objeto que representa. Es imposible espresar en un retrato los diferentes aspectos que suele tomar una cabeza á veces opuestos entre sí. Bellini, habitualmente melancólico, reía tambien; pero pintarle riendo hubiera sido ridículo. El autor ha escogido un momento de inspiracion. Tambien es de admirar lo muy módico del precio. Igual estampa en Paris no se espense por menos del doble.

Música.

Curso completo teórico y práctico del arte de tocar el piano—forte, empezando desde los principios elementales mas sencillos, é incluyendo todo lo necesario para llegar á adquirir la posesion mas completa del instrumento, escrito por J. N. Hummel, y traducido libremente al español de la edicion inglesa por D. Santiago de Masarnau. Tomo segundo y último, que contiene las partes segunda y tercera de la obra: se halla de venta, juntamente con el primero, en los almacenes de Hermoso frente á las gradas de S. Felipe, y de Lore, Carrera de S. Gerónimo.

ESTAMPAS:

Diego García de Paredes. F. M.

Catedral de Granada. F. A.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



R. Lit. de Madrid.

DON VICENTE LOPEZ.



manidad, acaso no hay ninguno que merezca anteponerse á Leonardo de Vinci como mas útil ó mas virtuoso.

G. L.



En esta semana han empezado á publicarse las obras de Victor-Hugo, anunciadas al público á mediados del pasado mes de noviembre. El primer cuaderno, único que ha salido á luz, contiene el principio de la interesante novela titulada *Bug-Jargal*, primera obra literaria de su célebre y fecundo autor de *Lucrecia Borja* y de *Angelo*, drama que ya conoce el público de esta capital.

Nada diremos de la traduccion, que es obra de uno de los Editores de este periódico.

Se suscribe á estas obras en la librería de Don Tomas Jordan, Puerta del Sol, y en las provincias en las librerías donde se reciben suscripciones á la *Abeja*.

Litografía.

Retrato de medio cuerpo del célebre maestro Vicente Bellini, litografiado y publicado por D. Cayetano Palmeroli, sacado del cuadro al olio que pintó en Milan el insigne artista *Arienti*: en papel gran fóllo, con un *fac simile* de su letra, sacado del espartito original de la ópera la Es-

trangerera, palabras: *l' último addio*. Se hallará á 12 reales en las librerías de Jordan y viuda de Cruz: en las estamperías, calles de Carretas y de la Abada, y en la tienda de Schropp, calle de la Montera. En las principales librerías de las Provincias se admitirán los pedidos, siendo el porte de su cuenta.

Creemos deber llamar la atencion de nuestros lectores hácia la buena ejecucion de esta estampa, y el parecido del objeto que representa. Es imposible espresar en un retrato los diferentes aspectos que suele tomar una cabeza á veces opuestos entre sí. Bellini, habitualmente melancólico, reía tambien; pero pintarle riendo hubiera sido ridículo. El autor ha escogido un momento de inspiracion. Tambien es de admirar lo muy módico del precio. Igual estampa en Paris no se espense por menos del doble.

Música.

Curso completo teórico y práctico del arte de tocar el piano — forte, empezando desde los principios elementales mas sencillos, é incluyendo todo lo necesario para llegar á adquirir la posesion mas completa del instrumento, escrito por J. N. Hummel, y traducido libremente al español de la edicion inglesa por D. Santiago de Masarnau. Tomo segundo y último, que contiene las partes segunda y tercera de la obra: se halla de venta, juntamente con el primero, en los almacenes de Hermoso frente á las gradas de S. Felipe, y de Lore, Carrera de S. Gerónimo.

ESTAMPAS:

Diego García de Paredes. F. M.

Catedral de Granada. F. A.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



R¹ Lit^a de Madrid.

DON VICENTE LOPEZ.



